

calvinistas, y hallándose el Rey muy próximo á verse cercado por los comuneros en la ciudad de Tours, tomó el partido, sin embargo de haber estado siempre muy adicto á la fe romana, de ir á ponerse en manos del Rey de Navarra, que habia quedado por único jefe de los calvinistas, despues de la muerte del Príncipe de Condé, acaecida en el año anterior. Sin duda era éste el camino seguro para reparar sus desgracias, si hubiera bastado el valor contra el fanatismo. Luego que marcharon los dos Reyes bajo unas mismas banderas, la victoria, invariablemente contraria á los calvinistas mientras habian convertido sus armas contra la pátria, fue inseparable de las mismas armas, cuando se emplearon en la conservacion del estado. Despues de tantos triunfos conseguidos por los dos Reyes, cuantos fueron los obstáculos que se opusieron á su marcha desde Tours hasta París, se presentaron delante de esta capital con un egército brillante de cuarenta mil hombres. La ciudad, con un número de tropas infinitamente desproporcionadas á su vasto recinto, mal disciplinadas, alistadas confusamente, y sin saber apenas manejar las armas, no podia dejar de caer en manos de tantos batallones aguerridos, como no fuese por un milagro ó por una maldad.

37. Entre el gran número de entusiastas seculares y regulares que habitaban en París, habia un dominico de veintidos años, hombre tétrico y adusto, no menos audáz que reservado, de costumbres corrompidas, y muy amante de la estimacion y familiaridad de los grandes. Llegaron á noticia de la furia de la

liga, esto es, de la desenfrenada Montpensier, algunas palabras misteriosas de este hombre temible. Le llamó á su casa, habló con él muchas veces á solas, y dicen que esta muger, poco escrupulosa en todas materias, no se avergonzó de concederle el precio infame que exigió por el parricidio á aquel vil libertino. Con estos horribles auspicios salió de París, llevando consigo algunas cartas que sacaron por sorpresa á varios ciudadanos conocidos por su fidelidad, é hizo que le presentasen al Rey, con pretesto de que tenia que comunicar reservadamente con su Magestad asuntos de la mayor importancia. Le salió el Rey al encuentro, tomó las cartas, y en el momento en que estaba engolfado en su lectura, sacó de la manga aquel perverso un puñal envenenado, y se le clavó en el vientre. En el mismo instante fue despedazado el asesino, por efecto de un celo imprudente, que solo sirvió para asegurar la impunidad de sus cómplices. El Rey murió al otro dia, que fue el 2 de Agosto de 1589, á los treinta y ocho años de edad, y quince de reinado.

38. Luego que se declaró que la herida era mortal, se confesó el Rey, pidió la absolucion de las censuras pronunciadas contra él, con motivo de la muerte violenta del cardenal de Guisa, y despues recibió la comunion con unas disposiciones que edificaron á todos los concurrentes. Dijo que habia aprendido de Jesucristo á perdonar, que perdonaba con sinceridad á todos los autores de su muerte, y que lo único que sentia al morir era dejar espuestos

á tantas calamidades á los franceses, á quienes había amado siempre con paternal cariño. En el instante declaró, que solo el Rey de Navarra tenía derecho al trono, y que no debía servir de obstáculo la diferencia de religion, porque una alma tan recta y tan franca no podia menos de volver á entrar tarde ó temprano en el gremio de la Iglesia. Dicho esto, pidió que se acercase á él, le abrazó tiernamente, y teniéndole entre sus brazos, le dijo, clavando los ojos en el cielo y con un tono como inspirado: „Tened por cierto, mi querido cuñado, que si no os hacéis católico no sereis Rey de Francia.” Al ver este tierno espectáculo no hubo quien pudiese contener las lágrimas, y solo se pensó en las amables cualidades del último Valois, buen amigo, excelente amo, adorado de cuantos le trataban, benéfico con todos, magnífico en sus liberalidades; en una palabra, dotado de todas las prendas que hacen amables á las personas particulares, pero que estando solas ó acompañadas de la inaccion y frivolidad, hacen siempre despreciables á los Soberanos. Fue un Príncipe verdaderamente digno de compasion, pues se halló en las circunstancias mas lastimosas. Los defensores de su autoridad, á lo menos en los últimos reveses que padeció, fueron los enemigos de su religion; y los defensores de su religion fueron los enemigos de su autoridad y de su persona. Los hugonotes le habían hecho la guerra, como á enemigo de su secta; y los hugonotes le asesinaron á causa de su union con el gefe de los hugonotes.

Inmediatamente despues de la muerte de Enrique III, tomó el Rey de Navarra, á los treinta y seis años de edad, el título de Rey de Francia, y se llamó Enrique IV. Pero la corte y el ejército católico mostraron mucha incertidumbre acerca del partido que tomarian con respecto á él. Se reconocia su derecho incontestable á la corona, y todas sus grandes cualidades, tan á propósito para reparar las desgracias del reino; pero era calvinista, y los antiguos franceses, aun en la profesion licenciada de las armas, tenían un amor á su religion que apenas es creíble en nuestros dias. Movidó el valeroso Givri de su genio inclinado al heroísmo, fue á jurarle desde luego una fidelidad inviolable, diciéndole: „sois el Rey de los valientes: solo sereis abandonado de los cobardes.” Los soldados, incapaces de ningun miramiento aun en presencia del Monarca, se calaban insolentemente los sombreros, ó tirándolos al suelo con despecho y dándose las manos unos á otros, decian: „antes morir que tener por Rey á un hugonote.” Los grandes, con mas circunspeccion y con un triste silencio, daban mucho mas que temer. Se resolvió, sin embargo, que se reconoceria á Enrique de Borbon por Rey de Francia, siempre que prometiese renunciar la heregía, y volver á entrar en el gremio de la Iglesia, segun las intenciones del difunto Rey, el cual antes de espirar le había declarado sucesor suyo, añadiendo, que no podia asegurar la corona sino haciéndose católico.

Con un fondo de religion, de que dió varias veces

Enrique IV pruebas visibles, á pesar del desarreglo de sus costumbres, y siendo incapáz por su solo carácter de burlarse de las cosas santas, no estaba demasiado adicto al calvinismo, pues en muy poco tiempo le habia abandonado por temor, débil resorte para el alma de un héroe, y habia vuelto á él por un respeto humano, fundado en la política. Pero no queria que hallándose ya en el trono que le correspondia por razon de su nacimiento, se atribuyese su mudanza á la fuerza ó al interés; y ésta fue la respuesta que dió á las proposiciones del duque de Luxemburgo, cuando pasó á su campamento de Meudon, de parte de los demás señores católicos. No obstante, dió desde entonces palabra de que en el término de seis meses haria que le instruyesen algunas personas ilustradas, y en caso necesario contaria para ello con un concilio nacional, á cuya decision se sujetaba sinceramente. Entretanto prometia conservar en Francia la Religion católica en toda su integridad, así en cuanto al dogma, como á la disciplina, á las prácticas comunes y al régimen gerárquico. Formalizóse este tratado el dia 4 de Agosto, y despues le firmó y juró el Rey por una parte, y por otra los grandes del reino, á escepcion de algunos, que, aparentando un falso celo, dieron á entender que no habia sido ni era la religion el móvil de sus acciones.

39. La liga por su parte proclamó Rey, con nombre de Carlos X, al viejo cardenal de Borbon, que habia sido arrestado en las juntas de Blois, con los parientes y amigos del duque de Guisa, y se hallaba

preso en Fontenai del conde, ciudad de la provincia de Poitou. En París se pronunciaba con execracion el nombre del Rey legítimo, ó por mejor decir, se le llamaba siempre el navarro ó el bearnés. No satisfecha la frenética Montpensier con el asesinato de un Rey, aspiraba á que alcanzase el parricidio al que le habia reemplazado. A pesar de que Mayenna era naturalmente muy moderado, se prestaba por seduccion al frenesí de su hermana. Los doctores renovaron y agravaron contra Enrique de Borbon, como apóstata y relapso, la decision que habian publicado contra Enrique de Valois. Habiendo descendido á los seis meses desde su trono teatral al sepulcro el personaje coronado y llamado Carlos X, se aumentó la discordia y la confusion. Mayenna, sostenido por los diez y seis, y depositario de la autoridad suprema; el joven duque de Guisa, hijo primogénito del difunto; el duque de Lorena, cabeza de esta casa, y muy ofendido de la ambicion de una rama de segundo orden, por cuanto estaba él casado con una hermana del Rey Enrique III; y el Rey de España, casado igualmente con una hermana del mismo Monarca, eran otros tantos pretendientes del trono, no menos contrarios unos á otros, que al legitimo Soberano. En fin, llegó la confusion y el desorden al mas alto punto, con motivo de la muerte de tres magistrados respetables, que perecieron por disposicion de los diez y seis; á saber, el primer presidente Brisson, Larcher, consejero del parlamento, y Tardif, que lo era del tribunal establecido en el Chatelet. El cardenal de París

se vió obligado á retirarse en secreto, y á desterrarse de su iglesia, por no esponerse á que se le tratase del mismo modo. En una palabra, cometieron tales excesos los diez y seis, que el mismo Mayenna mandó ahorcar á cuatro de los mas furiosos.

40. Antes de esta providencia vigorosa que dió fin á su tiranía y facilitó mucho la paz, el héroe reconocido por Rey por la mas sana y mas noble parte del reino, habia hecho los mayores progresos con la série continua de sus grandes expediciones: como en el combate de Arques, en que arrolló á unas tropas tres veces mas numerosas que las suyas; la marcha triunfante en que se apoderó de todas las plazas desde lo interior de Normandía hasta Tours, y desde Tours hasta las cercanías de París; la batalla de Ibri, en que sin cortar los batallones, y mandando que su penacho fuese la única señal de reunion en medio de la refriega, derrotó de tal modo á los enemigos, que se apoderó de todas sus banderas.

41. Tantos sucesos prodigiosos llenaron de consternacion la ciudad de París, que en efecto fue sitiada muy en breve por el Rey, y hubiera caido en sus manos muy pronto, si no le hubiera horrorizado la sola idea de tomar por asalto su capital. „Soy (decia) el verdadero padre de mi pueblo; y semejante á aquella madre que descubrió Salomon ser la verdadera, casi querria yo mas no tener á París, que tenerle arruinado y lleno de sangre de mis vasallos.” Pero el hambre, mas cruel que el hierro y que el fuego, hizo que espriase aquella ciudad ingrata su rebelion contra

el mejor de los Reyes. A instancias de la duquesa de Montpensier se amasó pan con huesos de muertos reducidos á harina, y murieron todos los que comieron de él. Iban las gentes por las calles á caza de niños; fueron devorados muchos de ellos, y hubo madres que no perdonaron á sus propios hijos (1).

42. Persuadido Sisto V por los embajadores de la liga, que nada habia que esperar á favor del Rey de Navarra, envió á Francia al cardenal Cayetano, con titulo de legado, y trescientos mil escudos para que los emplease en proteger la causa de los comuneros. No habia marchado todavía el legado, cuando supo el Papa el verdadero estado de las cosas por medio del duque de Piney, Francisco de Luxemburgo, embajador de los católicos realistas, el cual, viendo que se le habian anticipado los de la liga, escribió al Pontífice para que no se dejase llevar de sus imposuras. Entonces se pudo comprender el verdadero sentido de lo que habia dicho Enrique IV al Rey su predecesor, que estaba muy consternado con las censuras pontificias, cuando, para infundirle aliento, le dirigió estas palabras de estilo militar: „vamos á tomar á París, y no tardareis en veros absuelto.” El cardenal de Joyeuse, que se hallaba en Roma, le habia escrito en otro estilo, pero en el mismo concepto, que luego que llegase á ser señor de su reino no tardaria el Papa en calmar su indignacion. En efecto, varió Sisto V todas las instrucciones que habia dado á su legado, y le prescribió solamente que tratase de

(1) *Thou*, l. 93.—*Davil*. l. 11.—*Mem. de la Liga*, t. 4. p. 272.

los intereses de la religion, que no se declarase enemigo del Rey de Navarra, que se mantuviese neutral en las pretensiones temporales de los Príncipes, y que consintiese en todo, con tal que el Rey que se eligiese fuese francés, bien visto de la nacion y obediente á la Iglesia. No era, pues, un vil respeto humano el que hacia que se pronunciasen en Roma absoluciones ó anatemas, sino el temor de renovar los disturbios del estado, dando vigor á un partido que se consideraba ya sin ningun recurso, y humillando al que se creía que haria triunfar á la Religion. No por esto pretendemos justificar plenamente la conducta de Sisto, bien que por lo demás es cosa indiferente á la gloria de la Silla apostólica; pero á lo menos se acordó el Pontífice en aquella ocasion de la máxima capital que debe servir de gobierno al Vicario, del Monarca supremo, cuyo imperio no es de este mundo: lo que no conoció su legado, por estar imbuido en los principios ultramontanos; y así, habiendo faltado á sus instrucciones aquel ministro de paz, vino á serlo de la discordia, y no sirvió mas que para dar mayor pábulo al incendio que debia apagar.

43. Asistió Cayetano á una escena fanática, á que se dió el nombre de procesion de la liga (1), y en que se hallaron los comuneros mas fogosos, curas y frailes, en número de mil y doscientos, presididos por el obispo de Senlís, el cual tenia un Crucifijo en una mano, y en la otra una alabarda. Los frailes llevaban

(1) *Thou*, l. 98. = *Davil*. 11. = *L' Etoile*, t. 2. p. 11.

la coraza encima de los hábitos, y el morrion debajo de la capucha, teniendo unos en la mano mosquetes viejos, y otros picas ó sables cubiertos de orin. El personage que principalmente llamó la atencion de todos, fue un fuldense cojo, llamado el padre Bernardo ó el fuldensillo. Con el montante en la mano, y estando en continuo movimiento, esgrimia, unas veces al principio de la procesion, y otras al fin de ella, con una agilidad que era muy de admirar en un cojo. Todos los demás caminaban con gravedad en dos filas, cantando antífonas y cánticos, con estas palabras de Job por estribillo: *La vida del hombre en la tierra es una verdadera milicia*. Entre tanto se oían unas descargas continuas de mosquetería, que no agradaban mucho al legado, el cual disimuló por algun tiempo su sobresalto, pero habiendo caido muerto á su lado uno de los que le acompañaban, no pudo resistir mas, y se retiró con una precipitacion nada conveniente á la ceremonia.

44. No tuvo tiempo Sisto V para corregir los excesos de su ministro, pues murió á 27 de Agosto de 1590, de cerca de sesenta y nueve años de edad, despues de un Pontificado que no habia durado mas de cinco años, cuatro meses y tres dias, y que sin embargo es uno de los mas justamente memorables. Es tan inseparable del nombre de Sisto V la idea de un gran Papa y de un gran Príncipe, que nada se puede añadir á las impresiones que escita en los ánimos de todos. Conforme á la máxima de Vespasiano, el cual decia que el Príncipe debe morir de pie,

murió trabajando continuamente por el bien del estado y de la religion, á pesar de los vivos dolores de su última enfermedad, despues de haber cumplido con mucha edificacion todas las obligaciones de cristiano. Luego que cerró los ojos este Pontífice, tan temido mientras vivia, se quejaron los romanos de los tributos con que decian los habia oprimido, y fueron corriendo al Capitolio á romper la estatua que le habian erigido poco antes: lo que dió motivo al prudente decreto del senado, por el cual se prohibió que en lo sucesivo se erigiese estatua á ningun Pontífice antes de morir. Como en todo se halla misterio cuando se trata de los hombres grandes, se hizo la observacion de que el miércoles era el dia afortunado de Sisto V, el cual nació, recibió el hábito de San Francisco, el generalato de su orden, el cardenalato, el pontificado y la corona en aquel dia.

45. El cardenal Castaña, noble genovés, á quien habia mirado Sisto V como el miembro mas digno del sacro colegio y como su inmediato sucesor, fue en efecto elegido Papa á 15 de Setiembre, y tomó el nombre de Urbano VIII; pero murió al cabo de trece dias, llorando todos amargamente y bendiciendo él al Señor, porque le libraba de la cuenta formidable que hubiera tenido que dar de un ministerio, en que habian desmentido otros muchos las mas fundadas esperanzas.

46. Se eligió á 5 de Diciembre del mismo año 1590 al cardenal Sfrondato, noble genovés, que tomó el nombre de Gregorio XIV. No tardó este nuevo

Papa en acreditar con su conducta el acierto con que habia hablado en sus últimos momentos su predecesor inmediato (1). Apenas subió á la Silla apostólica, perdió en gran parte la estimacion que habia adquirido en los destinos inferiores, y aun los de su misma nacion le juzgaron poco á propósito para sostener la dignidad del Sumo Pontificado.

47. Dotado de una piedad eminente, de una castidad angelical y de una sobriedad nada comun, pero crédulo y fácil, de pensamientos poco elevados y sin ninguna esperiencia de mundo, cedió á las sugestiones de los enemigos de la Francia, renovó las excomuniones contra Enrique IV, le declaró privado de la corona, absolvió á sus vasallos del juramento de fidelidad, prometió á los comuneros un subsidio de quince mil escudos mensuales y un refuerzo de quince mil hombres, que les envió al mando de su sobrino el duque de Montemarcano; y de este modo alejó la conversion de un Príncipe, pronto á permitir que se le instruyese, pero indócil á las amenazas, y mucho mas á la opresion.

48. El parlamento que habia sido erigido en Tours ó trasladado á aquella ciudad en tiempo de Enrique III, y el tribunal de Chalons que formaba parte de él, condenaron al fuego las letras de este Pontífice que se habian publicado en Paris, y dieron un auto de prision contra el nuevo nuncio que las habia llevado. Los obispos se reunieron en Nantes, y declararon que aquellos decretos eran contrarios á los

(1) *Chac. in vit. Pontif. et Card. t. 5. pag. 224. &c.*

cánones y á los concilios, al espíritu de la Iglesia universal y á los usos constantes de la iglesia galicana, en una palabra, que eran abusivos en la substancia y en el modo. En medio de estos disturbios celebró el cardenal de Joyeuse, en su arzobispado de Tolosa, un concilio provincial, cuyos prudentes y numerosos decretos, siempre conformes á los de Trento, manifestaron el espíritu de fe y de unidad que continuaba animando al clero del reino. El mismo Rey, en un edicto que acusaba al Papa de precipitación, y á su nuncio de una imprudencia estremada, renovó la promesa de hacer que se le instruyese, como lo había jurado formalmente antes de su exaltación al trono.

49. En la tranquila Italia, y sobre todo en Roma, donde parecia que el orden público era todavía dirigido por el genio de Sisto V, se presentaban unos espectáculos muy diferentes y verdaderamente dignos de fijar la atención de los cristianos. Tales fueron por excelencia los últimos momentos de la vida angelical de San Luis Gonzaga, admitido cinco ó seis años antes en la compañía de Jesus. Este Príncipe, que era el primogénito de su línea, había entrado en la religion con todas las virtudes que supone el sacrificio de una soberanía y la conservación de la inocencia en el seno de la grandeza (1). Alma pura, y tan esenta aun de aquellos defectos de que suelen no libertarse los mismos Santos, que pasaba frecuentemente del término en que cae siete veces el justo, sin hallar la

(1) Orleans, vid. de S. Luis Gonzaga.

menor falta de que acusarse, no obstante que era exactísimo en el exámen de conciencia. Toda su vida le duró el arrepentimiento de haber jurado alguna vez hallándose entre las tropas de su padre, antes de la edad de siete años, en que tuvo principio su conversión, segun se esplicaba él mismo; y desde entonces tuvo una vida perfecta, como lo asegura su director el cardenal Belarmino. Un favor no menos extraordinario que recibió del cielo esta alma privilegiada, fue un don de oración tan eminente, que en seis meses no experimentó dos minutos de aquellas distracciones importunas que con tanta frecuencia obligan á gemir á las almas mas unidas con Dios. Estaba tan versado en el arte divino de meditar las cosas eternas, que se gloriaba Belarmino de haber aprendido en esta parte muchas reglas de su santo discípulo. Era tal su penitencia, á pesar de su vida inocente, que á los doce años se acostumbró á ayunar tres dias en la semana, y muchas veces á pan y agua, y á alimentarse siempre con los manjares menos delicados. Nunca se acercaba á la lumbre, por mas frio que hiciese. Dormía frecuentemente en la dura tierra, y se maceraba con tal rigor, que solia ensangrentarse todo el cuerpo. En este estado, fue para él la vida religiosa un alivio de trabajo, pues quedó bajo la dependencia de unos directores sábios, los cuales se vieron precisados á moderar su fervor en vez de excitarle. Advertido el Santo por su padre de que en cualquier estado que abrazase, debia hacer los mayores esfuerzos para hacerse perfecto, no omitió ningun